Los secretos de Juan Ramón

László András

En el curso de mi azarosa vida tuve cierta vez que examinarme de Literatura Española ante una comisión académica. El profesor, buen amigo mío, estaba al tanto de mi querencia hacia Jiménez, puesto que en aquel entonces acababa de salir de la imprenta mi versión húngara de *Platero* o, ya no lo recuerdo bien, una antología de sus poesías que, en gran parte, también yo había traducido.

El citado profesor y amigo mío, con el tono de rigor pertinente y tratándome de usted, me hizo la pregunta: Díganos, por favor, ¿qué clase de poeta era Juan Ramón Jiménez? Empecé a hablar un tanto prolijamente acerca de la poesía juanramoniana, pero él, con una mal disimulada irritación en la voz, —debido a mi dureza de mollera—, me interrumpió y, recalcando las palabras, me planteó de nuevo la cuestión: «Contéstenos, por favor, a esa pregunta. ¿Cómo caracteriza la poesía de Juan Ramón Jiménez?» Durante un momento, me quedé cortado pero, luego, conociéndole y creyendo adivinar su pensamiento, respondí: «De esotérica.» «Bravo —exclamó—, excelente. Hemos terminado.»

Eso de «esotérica», es decir oculta, secreta, ese hidrocefálico lugar común respecto a la poesía de Jiménez sigue intrigándome todavía. ¿Qué oculto sentido pueden tener esos versos: «Hay un oro dulce y fresco en el malva de la tarde»? ¿O esos otros: «Intelijencia —con jota— dame el nombre exacto de las cosas»? Y, además ¿es que pueden quedarle secretos a un poeta sobre el que se ha escrito tanto que los comentarios sobre sus poesías bastarían para llenar varias bibliotecas? ¿Qué misterios puede guardar una vida y una obra que han sido examinadas no ya con lupa sino con microscopio electrónico? ¿Cuando sus poemas han sido analizados no línea a línea sino palabra por palabra? Leopoldo de Luis incluso analiza —¡y qué bien!— sólo once sílabas de Jiménez dedicándoles quince grandes páginas impresas.

Para mí, Juan Ramón Jiménez es un misterioso descendiente de Harun-al-Rachid, un príncipe de Arabia que viaja de incógnito, ojos negros, barba negra, delicado y distinguido pero un tanto desmañadamente disfrazado con sus atavíos europeos. Es un latino-oriental lánguido, sentimental y melancólico pero de una dureza cruel, flexible y cortante como un alfanje de Damasco y que, además, vaya a donde vaya, lleva siempre consigo el embalsamado ambiente de sus jardines de Al-Andalús. Sus siglas —Jota-Erre-Jota— como las de la Compañía ESSO o las de la ONU, son mundialmente conocidas como lo son también sus autoconferidos apodos: *El andaluz universal* o el *Hastiado de su nombre.* Su aristocrática soberbia es tan grande que raya en la humildad. Es un lujurioso de los cinco mil sentidos corporales que —entre las voluptuosas odaliscas de su herméticamente cerrado harén— ama apasionadamente a sus dos exuberantes favoritas: la Belleza y la Poesía. Es mago y poeta, premio Nobel, idolatrado y odiado, alguien a quien —según las viperinas palabras de Luis Cernuda— «le llaman Juan Ramón como si se refirieran, en una tertulia casera, al tío o al primo».

Es una sobresaliente figura de la Generación del 98, año en el que el Imperio de

Carlos V —aquél en el que nunca se puso el sol— quedó definitivamente reducido al reino que linda con Europa en los Pirineos y que, comúnmente, se llama España. Fue esa generación la que emprendió la inmensa tarea de integrar ese reino en el continente al que geográficamente pertenece. Y ello no tanto en el espacio sino más bien en el tiempo, pues éste parecía haberse detenido sobre ese país que, al llegar el nuevo siglo, y en lo que refiere a la forma de vida, espíritu y costumbres, se había estancado en el medievo feudal.

¿Secretos? Ya estamos metidos hasta la coronilla en el fango de una profunda contradicción. ¿Qué es lo que tiene que ver ese poeta —que, cual niño ofendido, da la espalda al mundo— con la europeización y el rejuvenecimiento de España? ¿Qué tiene que ver con eso ese poeta que, al contrario de los grandes de su generación —Azorín, Costa, Giner de los Ríos, Unamuno o Machado— no sólo es apolítico sino testarudamente antipolítico? Porque, a fin de cuenta, de esto se trata. La tarea emprendida es eminentemente política aunque también sea llevada a cabo con medios artísticos. Ese *rejuvenecer* y ese *europeizar* significan, sencillamente, democratizar. Y Juan Ramón Jiménez es más aristocrático que cualquier Duque de Alba. El azul de su sangre de poeta sólo puede ser comparado con el del Atlántico. Hasta el hecho de haber nacido en Moguer —región señalada con una gloriosa cruz en la historia española y en la universal— es para él un detalle sin importancia. No hay más que ver el altivo desdén con el que trata a Colón, a pesar de que el Almirante —según las crónicas familiares— se hospedaba —en tiempos— en su casa y comulgaba en la Iglesia de Santa Clara. El mismo nos lo cuenta en el capítulo «Mons Urium» de su *Platero*. El descubridor del Nuevo Mundo es un intruso menoscabado y sin importancia en el antiquísimo mundo de su otro linaje, el latino.

¿Modernizar y rejuvenecer a España? Lo que él quiere es hacer otra, una nueva. Y no sólo una España nueva, sino un mundo totalmente nuevo. Su lúcida y razonable megalomanía le impulsa —mediante una rigurosa lógica— a volver a crear totalmente el mundo. Su evolución poética e intelectual le conduce, a través de un lento proceso, a que poco a poco vaya identificándose nada menos que con Dios. ¿Cómo interpretar, pues, sus propias palabras cuando dice que le atormenta «un anhelo creciente de *totalidad*» y le oprime «una angustia dominadora de *eternidad*»? Cuando se expresa de ese modo no es un jovenzuelo irresponsable, ya tiene cincuenta años. Ese afán suyo de ser el Creador de un mundo nuevo es el que le lleva a depurar, una y otra vez, toda su obra, a eliminar de ella cualquier rasgo o elemento que no se halle al servicio de esa *totalidad* y de esa *eternidad*. Para que lo que de ella quede sea ya definitivamente la mismísima perfección. De la enorme e ininterrumpida labor de sus primeros veinte años de poeta sólo considera válidos 522 poemas, en su mayoría cortos. El cálculo nos da un poema cada quincena. Parece cantar como lo hacen los pájaros, y como el canto de los pájaros es una cosa absolutamente superflua e inútil, a primera vista también sus poemas abundan en detalles superfluos. Pero, examinándolos de cerca, resulta que depura el verso de todo lo superfluo. Sus detalles poéticos —colores, tonos, voces, sensaciones táctiles, sabores —forman el cuerpo físico del poema, y esa excitada y vibrante urgencia del canto es el medio del que se sirve para comunicarnos sus sensaciones y pensamientos tan primorosos, frescos y recientes como las lilas llenas de rocío con las que golpea la blanca espalda de Francina en el jardín.

Ese mundo vuelto a crear y recién nacido es suyo, únicamente suyo, de su propiedad privada: «la misma cosa creada por su alma nuevamente», pero lo aceptamos gustosamente también como nuestro, ya que está compuesto de elemenos reales y existentes, tal como nosotros los percibimos y experimentamos.

Centro Virtual Cervantes

El profesor Siebenmann tiene muchísima razón cuando dice que Jiménez «es enemigo de la Historia». Y, mirándolo desde nuestro punto de vista, es natural que lo sea, puesto que la historia es un mero fenómeno accidental del tiempo eterno e infinito. Los cambios y acontecimientos históricos de España y del mundo no se infiltran en absoluto en su poesía. Nimiedades como el descubrimiento de América, la Primera Guerra Mundial, la Revolución de Octubre, que vinieron a cambiar el destino de la humanidad, no dejan ninguna huella en sus poemas. Es esa, su actitud, lo que en primer lugar le diferencia no sólo de los miembros de su generación sino también de los de la generación subsiguiente.

Sin embargo —y muy a pesar suyo— Juan Ramón Jiménez no puede prescindir totalmente de la anécdota. Diga lo que diga Mallarmé, la poesía no se hace únicamente de palabras. Tiene que recurrir a algún vehículo mediante el que pueda expresar sentimientos y pensamientos. Hasta el idioma, el castellano –sacrosanto producto histórico que a él mismo le define como español— le sirve primordialmente como un instrumento musical. La música sólo es temporal en la sucesión de las notas, no tiene ni historia ni anécdota. García Lorca, hablando de Góngora, dice que éste modela el verso, con el choque de consonantes, como una pequeña estatua. Jiménez, por su parte, es un maestro de las vocales. Ya al tañer los primeros acordes de sus «Jardines lejanos», en los cuatro versos que encabezan su «Hay un oro dulce y fresco...» utiliza todas las vocales del alfabeto en el primero de ellos; en el segundo y en el tercero sólo dos, la *a* y la *e,* para recurrir de nuevo a todas, en el cuarto verso, pero en diferente distribución que en el primero. Una perfecta composicón musical. *De la musique avant toute chose;* esto lo aprendió muy bien de sus maestros franceses y de un genial y afrancesado maestro suyo, Rubén Darío. Y aunque más tarde cambia ese melodioso tono de las coplas y romances populares por otros más crudos e intelectuales, la sonoridad musical será siempre uno de los rasgos primordiales de su verso.

Sin embargo —a mi modo de ver— su más genial invento, el más oculto secreto de Juan Ramón reside en la total dramatización del tiempo presente. Para lograrlo, su gran truco poético consiste en que no *escribe* sino que *habla.* El hecho de *leer* un poema en su tradicional forma tipográfica invoca siempre y enseguida el acostumbrado y tan repetido concepto de *escribir.* En el caso de Jiménez, el que sus poemas estén escritos es pura apariencia. La escritura es solamente una usual, obligatoria e inevitable correa de transmisión. Mediante nuestra vista, nos comunica su *hablar* destinado y dirigido a nuestros oídos. Ese hablar suyo, aunque se manifieste —muy raras veces— en el uso del tiempo pasado o futuro, nace siempre de su posición del presente actual en el que crea sus poemas. Para poder inundarnos con la profusión de sus sensaciones inmediatas, este hablar suyo es tan vivo que, muchas veces, está rayando en el balbuceo. Y cuando balbucea, lo hace en alta tensión. Los actos y los acontecimientos de su alma —sus sensaciones— ocurren en el momento mismo en el que los poetiza. Como en un drama, género éste cuyo único tiempo es el presente. Mas en el teatro existe siempre una distancia entre el escenario y el público. Juan Ramón Jiménez nos dice sus poesías sin distancia alguna, directamente al oído, y de tan cerca, que el verso exhala el calor de su respiración, nos convertimos en protagonistas de su acción dramática, nos arrastra a su drama interno y experimentamos a flor de piel el hálito excitado, febril y explosivo de sus propias emociones. De este modo, de poema en poema y en un proceso continuo, dramatiza, hace palpable y personifica el tiempo presente. En su poesía, hasta el silencio, la lentitud, la calma, la melancolía, la quietud o el sosiego se convierten en un dramatismo sofocante. Es él el principal héroe de sus dramas, es él el que grita, se agita, habla, sufre o desborda de alegría. En

Centro Virtual Cervantes

su dicción, las frases son cortas, entrecortadas, pululan las preguntas sin respuesta, las exclamaciones, ayes, pensamientos inacabados, oraciones sin verbo, sugerencias fugaces, reflexiones intercaladas, soliloquios y repeticiones. Basta con echar una mirada a la forma tipográfica de sus poemas para reconocerle. El modo en que emplea la puntuación es la mayor prueba de ello. Los abundantes signos ortográficos le delatan: es él. Su autorretrato. Puntos de interrogación, de exclamación, comas, comillas, guiones, puntos suspensiones, mayúsculas, paréntesis. Así se comprende ya que se sienta hastiado de su nombre. ¿Para qué lo necesita? Cualquiera de sus poemas es él: Juan Ramón Jiménez. Jota-Erre-Jota.

Este orgulloso aristócrata que odia al vulgo profano y cree escribir —¡hablar!— para la minoría siempre, es un buen andaluz en el más popular sentido de la palabra. Nos atropella con su inaplazable urgencia, con la absoluta necesidad interior de exteriorizar su genio, de decir, comunicar, expresarse, de dirigirse a nosotros, o a algo o a alguien, a todo el mundo. Vivifica su verso y nos impregna de sus sensaciones físicas, psicológicas, espirituales y mentales, y hasta de su silencio. Nos obliga a vibrar en la misma longitud de onda en la que vibra él. Comparado con los grandes poetas europeos de su misma generación, su esquema gráfico de altibajos emotivos es el que presenta las mayores oscilaciones. Comparados con él, los de su promoción, Rilke, Eliot, Alexander Blok, Ungaretti y hasta Apollinaire, el más agitado de ellos, parecen lentos, cómodos, pausados en el curso narrativo de sus poemas. Es, tal vez, Georg Trakl, con la densidad de sus imágenes yuxtapuestas sin comentarios, el que llega a despertar en el lector una sensación febril parecida, pero de tonos más oscuros. Jiménez es siempre claro, transparente. Quizá Stefan George se aproxime a él en su intraquila nerviosidad, pero la poesía de George es más formal, menos directa, más «de literatura» que la de Jiménez.

Y —¡milagro!— ya estamos de lleno en plena Europa. En la poesía moderna del siglo XX. Porque si la poesía de Jiménez es moderna, no lo es por parecerse a la de sus grandes colegas sino justamente por ser distinta de la de ellos. El concepto *moderno* del siglo ya arrastra casi siempre consigo un mínimo de urbano. Jiménez —con rarísimas excepciones— es siempre bucólico, rural y su ambiente natural es la naturaleza. Pero nunca una naturaleza salvaje sino una naturaleza civilizada desde hace milenios, amansada ya por el hombre. No tiene bosques y selvas sino parques y jardines. Para él, la turbulencia de una gran metrópoli es un un producto nuevo, no consagrado por el tiempo eterno; es demasiado reciente, actual, mientras que las aldeas y los pueblos —a veces la pequeña ciudad— donde su poesía se desenvuelve, son resultados de un lentísimo e imperceptible devenir, casi intemporal, de la civilización europea, la sucesión ahistórica —como la de los árboles, flores, pájaros, montes y prados— del pueblo español. A mi modo de ver, su mayor secreto reside en esta simbiosis del fondo popular andaluz y español con la «justeza emocional» —la expresión es de Lorca— de la psique moderna perceptible o imperceptiblemente sometida a la inteligencia. No, la poesía, definitivamente, no se hace sólo con palabras sino con palabras dichas en el momento preciso en el que hay que decirlas, es decir de ideas, —aunque inexpresadas— tal como Juan Ramón lo hace, *hic te nunc,* en el inmediato tiempo presente —omnipresente— de su poesía. ¿Conoció a Einstein? ¡Quién sabe! Pero las ideas de la relatividad del espacio y del tiempo —ocultas y secretas— laten en sus poemas. ¿Conoció a Freud? No lo sé. Pero su «Yo no soy yo. Soy éste que va a mi lado sin yo verlo» está en la atmósfera de su tiempo y él mismo lo dice.

A Juan Ramón Jiménez se le puede querer u odiar, alabarle con elegante precisión como «un ejemplo vivo de ferviente dedicación a la poesía» —como lo hace Jorge Guillén—, sin mentar su valor poético; se le puede tachar hasta de plagiario —el

Centro Virtual Cervantes

veneno es otra vez de Cernuda—; menospreciar o tildar de empalagosos sus poemas, acusarle de recluido, egoísta, religioso o antirreligioso, antisocial, criticar su envidiosa conducta hacia los poetas jóvenes. Pero es imposible negar que su obra poética, toda y entera, está ya diluida en la poesía española que, sin ella, no sería la que es hoy. La minoría a la que iba dirigida su poesía la constituimos ya nosotros. Todos.

¿Y dónde está su esoterismo? ¿Dónde sus secretos? Los secretos de un poeta, precisamente por ser poeta, son secretos a voces.

Lo esencial de todo esto se halla condensado en tres parcos versos, al final de su *Antología Poética:*

> Quisiera que mi libro
> fuese, como es el cielo por la noche,
> todo verdad presente, sin historia.

Y es indudable que ese deseo suyo se vio cumplido.

Centro Virtual Cervantes

Centro Virtual Cervantes